

sición, preparación para una historia sin mitos donde la historia no sea problemática sino por sus propios derroteros, el libro es un buen pasaporte para conocer a un buen grupo de escritores de un país situado en la mitad del mundo del que poco se conoce desde *Huasi-pungo* de Jorge Icaza.

**Joaquín Hernández Alvarado**

## Las memorias de Gorbachov\*

Las memorias de Gorbachov han llegado al público hispano en el momento en el que su antagonista visceral, el siberiano Boris Yeltsin, ofrecía los mejores tiradores de su país para acabar con la ocupación de la embajada japonesa en Lima hecha en nombre de los más exaltados ideales del comunismo marxista-leninista, absorbido por el líder del movimiento «Tupac Amaru» en su asiduo trato con los intelectuales parisinos de la *Rive Gauche*. Las contradicciones de la sociedad burguesa se descubrían con ello a la luz más cegadora, aunque a prueba de años y peripecias...

En tal coyuntura, el sumergirse en sus voluminosos recuerdos —al-

go pesados, todo hay que decirlo—, tiene quizá más de catarsis que de ejercicio intelectual o empeño historiográfico. El titánico esfuerzo de Gorbachov para reformar el comunismo desde dentro y conducirlo, sin perder sus genuinas señas de identidad, a las playas de la democracia y el mercado, reviste más de un tinte de tragedia sofoclea o esquiliana. Los *dramatis personae* de su obra pueden, desde luego, compararse en más de un extremo con los de los clásicos y griegos. Tal es la fuerza del destino que los arrastra desde el estalinismo y la *nomenklatura* hasta la desmembración de la URSS y la instalación de un Estado de derecho, cuando menos en sus estructuras formales. La pluma sobria y directa del antiguo presidente soviético describe este itinerario con un patetismo impuesto más por los acontecimientos que por el temperamento. Pues hay que afirmar con rotundidad que Gorbachov es un memoriógrafo tan honesto como honrada fue su trayectoria al frente de una de las dos superpotencias que dominaron al mundo a lo largo de medio siglo. Comentaristas de crédito —Franz Olivier Gisbert, Jean Marie Colombani, Indro Montanelli, etc.— y algunos príncipes de la política reciente lo han acusado de falta de sentido de la historia y de las condiciones de un auténtico líder. Es posible. Mas no

\* *Mijail Gorbachov, Memorias, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, 2 volúmenes, 1417 págs.*

hay duda, que a tenor de los hechos y de sus confesiones, acometió la aventura quizá más formidable de las postrimerías del novecientos con plena conciencia del desafío que entrañaba. La suerte de los reformadores es el rechazo de sus coetáneos y, en general, el aplauso y la reivindicación de la historia. Las grandes travesías regeneradoras son siempre solitarias; y la de Gorbachov no escapó a este destino. Su testimonio —detallado, antimitómano, literariamente gris— es al respecto concluyente. Excepto su amada Raïsa y algún que otro miembro de su círculo familiar, nadie permaneció en incondicional sintonía con su esfuerzo —la crítica, velada y elegante, al desenganche del georgiano Eduard Shevardnadze en el instante crucial de su proyecto resulta muy ilustrativa de la sensación de orfandad que albergaba el ánimo del último secretario general del PCUS en la vía dolorosa de su misión imposible. El desmonte pieza a pieza del inmenso armadijo en que el burocratismo y la inercia institucionalizada habían convertido al régimen en su recta final, tenía, ciertamente, algo de sobrehumano y habida cuenta de las pétreas resistencias y de los tibios o impotentes apoyos que encontró en la marcha hacia su objetivo (del que, repitámoslo, Gorbachov tiene particular interés en destacar su meditada autoría).

Esta meta no era otra que la de hacer del PCUS uno de los pilares del sistema salido de su conversión en un partido básico entre los

que representaría, a través del voto libre, a la ciudadanía rusa. Una y otra vez repite Gorbachov que su modelo radicaba en el pensamiento y la actuación de Lenin, singularmente ésta y, de modo todavía más específico, en el bienio 1920-22, antes de que el progreso de su irreversible enfermedad cortase tal ideario y tal praxis. Esa interpretación, al menos en los términos hiperdemocráticos con que la realiza Gorbachov, como se sabe, es harto discutible; pero aun sin apartarnos mucho de ella, lo que resulta incuestionable, sobre todo después de leer su obra, es la imposibilidad de la sociedad rusa por sufrir una metanoia de dicha naturaleza. Pues, pese a los esfuerzos de algunos estudiosos por comparar el proceso de transición ruso con el de otros países del Viejo Continente, lo cierto y verdad es que sólo de una manera superficial y vaga cabe aseverar dicha equiparación. En éstos últimos, sus sociedades lograron preservar buena parte de su patrimonio histórico-moral del torno dictatorial, mientras que el régimen soviético, por su larga duración y, en particular, por su omnipresencia totalizadora, no había dejado al margen ninguna de las capacidades de una sociedad tan débil e inerme frente al poder como lo fuera tradicionalmente Rusia. Bien que el paralelo exija no pocas matizaciones, la única transición que admite un lejano parentesco con la soviética es la mexicana, pues China es, a todos los efectos, un caso aparte.

Si el espacio no lo vedara sería tentador –y provechoso– glosar algunos de los numerosos extremos que la lectura de este testimonio de primer plano sobre el acontecimiento bisagra del siglo XX –el omega de su despliegue histórico, realmente– brinda al lector moroso y respetuoso con el retazo de honda humanidad que encierra y describe. Junto al cristianismo y la Revolución Francesa, la Rusa ha sido el tercer gran motor –axiología, por supuesto, cronológica...– de la sensibilidad e inteligencia de las mujeres y los hombres a lo largo de dos mil años.

Pero como las leyes de la impresión impiden cualquier parada en la nutrida galería de primeros actores y protagonistas de la gran política contemporánea que atesora las memorias del antiguo líder soviético y en sus valiosos enfoques y acotaciones en materia internacional o, en fin, en sus evocaciones y pinturas de la Rusia de la Segunda Guerra Mundial, de sus gentes y tierras amadas apasionadamente por el autor, pondremos término a este volandero comentario con una modesta apelación a los intelectuales y políticos españoles que un día anduvieran, ilusionadamente, las rutas del comunismo para que, sin tardanza, leguen a la historia de sus reflexiones a fin de meditar, colectiva e individualmente, acerca de la corta distancia que separó el ensueño de la impostura. Las generaciones del próximo futuro lo agradecerán.

**J.M. Cuenca Toribio**

## Restaurador de espejos\*

*Por una politeratura* de Enrico Mario Santí consiste en una recopilación de veinte ensayos escritos en los últimos diez años, la mayoría leídos en conferencias y congresos académicos, que abordan temas literarios y políticos, y su relación entre ellos. Quiero decir, entre la literatura y la política, o más bien, el poder. En el prólogo y en los tres ensayos de la primera de las tres partes en que se divide el libro, «Piezas de convicción», el autor, directa o indirectamente, nos *habla*, –y el verbo también es intencional, pues hay un aire de literatura oral en este diálogo abierto entre Santí y sus lectores– de su propia trayectoria como crítico literario, y del contexto intelectual de su época, en la que vive basculando entre el mundo académico norteamericano y su herencia hispanoamericana y específicamente cubana. En su segunda parte, el volumen contiene ensayos dedicados a la revaluación de lecturas por otros críticos de Walt Whitman, Neruda y Alfonso Reyes. Otros dos textos exploran la relación entre Sor Juana y Octavio Paz, y entre Borges y el profesor y mentor del autor, el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, a quien

\* *Enrico Mario Santí: Por una politeratura, El Equilibrista, México, 1996.*

dedica un conmovedor réquiem. El resto de los trabajos –o sea, toda la tercera parte, pero que cuantitativamente constituye su mitad–, está dedicado a temas cubanos.

Todos los ensayos guardan una asombrosa coherencia, un hilo conductor, a veces hasta una repetición de unas mismas ideas que se quedan dándonos vueltas en la conciencia, como el estribillo de una canción o el *Leit-Motiv* de una sinfonía. La primera de estas ideas es que nunca puede uno escapar de sí mismo, con el peso de cuantas contradicciones y dificultades ello implique. La encrucijada de Santí aparece en su prólogo cuando nos expone dos simples hechos biográficos: que ha sido un exiliado político desde los doce años de edad y que ha hecho su carrera académica en escuelas y universidades norteamericanas. Unos párrafos después, el autor nos traduce a términos más concretos la disyuntiva que esta dualidad plantea. Se ha educado en el formalismo, y ha vivido convencido de que como crítico debe aspirar a la objetividad. Aún abriga esa convicción, pero en un momento de su vida que él precisa en 1982, Santí comprende que la tarea del crítico literario no está desvinculada de una postura moral, de un punto de vista ético, sobre cualquier circunstancia. La dicotomía que significaba ser exiliado cubano y hacerse crítico literario en Estados Unidos en los años 70, me parecía demasiado obvia para explicarla, pero al pedirle a una colega cubana que lleva sólo cinco años

fuera de la isla que leyera este texto y comprobar su asombro, me siento obligada a aclarar que la «objetividad» que se requería en esas fechas para avanzar en el mundo académico exigía el silencio –una forma de complicidad– cuando no la adhesión a las coordenadas de lo que entonces se conocía como «la izquierda», y que incluía, naturalmente, a los simpatizantes del castrocomunismo.

Otra idea primordial asoma ya en los primeros ensayos, cuando Santí utiliza una cita de Mario Vargas Llosa que afirma que la vocación literaria surge de los desacuerdos del ser humano con el mundo. Nos recuerda también Santí el paralelo que hace Paz entre la escritura y la política como espacios donde se despliega la libertad. Cuando el autor indaga en las raíces históricas de la trágica ausencia de diálogo en América Latina, queda planteado el reto: ¿Cuál ha sido y cuál debería ser la relación entre el intelectual y la política, la escritura y el poder?

Ya sea para analizar el papel de Walt Whitman en el imaginario literario latinoamericano, o para desmontar el proceso creador de Neruda en *Canto General*, Santí utiliza un idéntico acercamiento. Con lenguaje claro –esa claridad que Ortega y Gasset definía como la cortesía del escritor ante sus lectores– va deconstruyendo los cánones de la crítica tradicional, para abrir nuevas perspectivas que construyen, más que una contracrítica, una metacrítica, barroca y postmoderna a la vez.